

suprimir
las
ESCUELAS
DE
FILOSOFIA



CARLOS
SILVA

“Suprimir las secciones de filosofía de las Facultades de Letras —suprimir, esto es, la licenciatura en filosofía—, y eliminar, consiguientemente, la asignatura de filosofía de la enseñanza media”.

“Lo recusado es el tipo del licenciado en filosofía. Este tipo es institucionalmente un especialista en Nada (la mayúscula será consuelo de algunos). Su título le declara conocedor del Ser o de la Nada en general, y dada la organización de los estudios universitarios, afirma con ello implícitamente que se puede ser conocedor del Ser en general sin saber nada serio de ningún ente en particular”.

He aquí dos botones de muestra —y no de los más virulentos— de la tesis expuesta por Manuel Sacristán.⁽¹⁾ El realidad, hace meses que deseaba yo encontrar el tiempo y el espacio propicios para ocuparme, por escrito, de ese pequeño libro rojo que tantas polémicas ha provocado en las universidades españolas. No voy a detenerme demasiado en glosar la personalidad o el peso específico intelectual de M. Sacristán. Quien no lo conoce por obras tales como su ejemplar *Introducción a la Lógica y al Análisis formal*, lo conoce, al menos, por sus excelentes traducciones, o por su interesante —y tormentosa— labor pedagógica universitaria. Pero algo hay de cierto: Manuel Sacristán es un lógico impecable, un pensador ambicioso, un intelectual de raro talento expositivo, y sobre todo, un hombre siempre alerta y orientado al porvenir. Este libro nos revela ahora que en sus convicciones es consecuente hasta la hipérbole, y que como teórico afín a los extremos, abusa en sus generalizaciones, ignora matices y cultiva beligerancias, cierto, pero que también es capaz de aportar *ideas originales*, lo cual comienza a ser una extravagancia en estos tiempos de adocenamiento, vulgaridad y esterilizadas tecnocracias.

Dejo que el autor defienda y defina sus pensamientos con sus propios términos; vendrá, luego, el comentario:

(a) “... No hay un saber filosófico sustantivo superior a los saberes positivos; ... los sistemas filosóficos son pseudoteorías, construc-

(1) Manuel Sacristán: *Sobre el lugar de la filosofía en los estudios superiores*. Barcelona. Ed. Nova Terra. Colección Debate Universitario 2, 1968.

ciones al servicio de motivaciones no-teóricas, insusceptibles de contrastación científica (o sea: indemostrables e irrefutables) y edificadas mediante un uso impropio de los esquemas de la inferencia formal”.

- (b) “... las concepciones ideológicas generales que más influyen en la cultura contemporánea y las producciones singulares más determinantes de inflexiones de esas concepciones... se han originado, promovido o cualificado, fuera de la fábrica de licenciados filosóficos, y a menudo en pugna con ella, o con desprecio de ella”.
- (c) “La pérdida de la formación del licenciado en filosofía no es lamentable, sino deseable”. ... “El profesor de filosofía no es sólo una figura parasitaria sino, además, destructiva: destructiva de la capacidad que los jóvenes tengan de filosofar...”.

Así, y para finalizar esta selección, el autor propone:

- (d) “Suprimida la licenciatura en filosofía, hay que reorganizar el doctorado en filosofía. Suprimida la sección particular, hay que crear el Instituto General, no parte de ninguna Facultad, sino proyección de todas ellas...”.

Como se ve por lo anterior, aquí prácticamente no se salva nadie. Lo que no tendría mayor importancia si nada de lo hecho —o de lo que se hace— en las cátedras de filosofía no mereciera ser salvado. Veamos. Por (a) es evidente que para Sacristán el foco originario de los problemas planteados en su libro es una errónea —y tradicional— concepción de lo que debe ser filosofía. Está claro que la única acepción posible del término “filosofía” se circunscribe, para Sacristán, a la Lógica y a la Teoría o Filosofía de la Ciencia. En esto, es determinante el ascendiente del *positivismo lógico*. Carnap, en su *Logische Syntax der Sprache*, dice: “La filosofía debe ser remplazada por la lógica de las ciencias, es decir por el análisis lógico de los conceptos y de las proposiciones de la ciencias, ya que la lógica de las ciencias no es otra cosa que la sintaxis lógica del lenguaje de las ciencias”. O como afirmaba Wittgenstein, en su *Tractatus*: “... el método correcto de la filosofía sería éste; no decir nada excepto de lo que se pueda decir, esto es: las proposiciones de la ciencia natural...”.

No sería honesto para un filósofo de nuestros días pasar por alto la enorme potencialidad del pensamiento crítico nacido en el Círculo de Viena. Sería cuestión de voluntaria ceguera desconocer completamente los necesarios y saludables correctivos que figuras como Carnap, Otto von Neurath, Schlick, etc., aplicaron a esa deliciosa imaginación propia de tantos filósofos de todos los tiempos. *Si el pensamiento, en su función cognoscitiva, no es lógico, no es nada.* Si transgredimos las leyes del lenguaje (= la sintaxis lógica que confiere sentido a las proposiciones), entonces podremos acaso construir una pieza literaria, una estructura autónoma donde cada término posea — y adquiera, en juego de referencias simétricas — validez expresiva y una especial connotación, *pero siempre dentro de ese contexto.* De ningún modo podremos pretender alcanzar un conocimiento auténtico, traducible en un sistema de enunciados consiste, decidible y objetivo.

Cierto es que aún en la actualidad algunos teodiceos (existen, lo juro) se dan el lujo de proseguir, impertérritos, con sus extravagantes disquisiciones sobre aquellos temas que hace ya tantos años condenó Kant como “antinomias y paralogismos de la Razón Pura”. Allá ellos; no vamos a solicitar la creación de un cuerpo de policías que preserve las buenas costumbres de la lógica.

Por lo mismo, no puedo coincidir con Sacristán en esa propuesta de que una tendencia filosófica — el positivismo lógico, en este caso — se otorgue la imperial prerrogativa de suprimir, de un plumazo, la labor que todas las demás orientaciones desarrollan en las Escuelas de filosofía. Según la tesis de nuestro autor, una vez éstas eliminadas, se procedería a la organización de un Instituto General (cuyos miembros serían licenciados en ciencias positivas, o bien artistas, o “prácticos”), donde se cursaría el doctorado en filosofía. Es pertinente recordar que filosofía para Sacristán apenas si es más que un análisis lógico del *corpus* científico que cada licenciado “positivo” lleva en su haber.

Creo que es evidente la parcialidad y el autoritarismo de tales concepciones. Personalmente, no disiento demasiado de la orientación filosófica de Sacristán, pero me guardaría muy bien de “decretar” el no acceso a las cátedras a los representantes de la fenomenología, del vitalismo, del materialismo dialéctico o del pragmatismo. Y no por falta de audacia, o por comodidad, sino porque sería ir contra los mismos

finés de la Universidad. Esa Universidad que tanto ha luchado, a lo largo de siglos, para desprenderse de reyezuelos, dogmas, "intocables" y demás majaderías. A mi juicio, en la Universidad, y en cuanto a las distintas corrientes filosóficas que deben coexistir en ella — adiestrándonos así a esa convivencia y tolerancia que tanto necesitamos — sólo me atrevería a pronunciar un dictado categórico, el que pintó no hace mucho un estudiante en los muros de La Sorbona: "Prohibido prohibir" (confío en que no me acuse algún lector de violar las leyes del lenguaje).

Continúo. Lo menos que se puede responder a lo sostenido en (b) es que tales juicios son inexactos y abusivos. Pretender que las líneas directrices de la reflexión que hoy nos hace de "techo cultural" han surgido completamente al margen de las Escuelas de filosofía, es tomar la excepción por la regla. La decisiva batalla contra el psicologismo (y que ha hecho hoy caduca e inútil toda polémica entre lógica y psicología) no la libró Husserl desde los solitarios altillos de la vida bohemia, sino desde los claustros de Gotinga y Friburgo. El nombre y la obra de Martin Heidegger van ligados indisolublemente a la bellísima y muy universitaria ciudad de Friburgo de Brisgovia. Invito al lector a que continúe esta fácil indagación para que pueda comprobar por sí mismo la gran importancia de las secciones de filosofía en el origen, impulso y orientación del pensamiento que hoy nos modifica — y al que por lo mismo, modificamos. Dicho sea de paso (vistas las preferencias filosóficas de Sacristán), creo que no ha sido muy feliz ni consecuente al citar, en esta precisa cuestión, a figuras tales como Zubiri o Teilhard de Chardin, pensadores cuyas obras no resisten fácilmente un análisis del positivismo lógico.

Ya para terminar este comentario, es de ley reconocer que el libro de Manuel Sacristán es discutible, y a alto nivel. Lo que implica que muchos aciertos hay en esa breve e interesante obra de la que no he tocado sino los aspectos, por así decir, más escandalosos. Queda, pues, un elenco de brillantes sugerencias para que el lector — y en especial el profesor y el alumno de filosofía — se abra a ellas, se fecunde y reconsidere las añosas tablas de valores. Los valores, como las tablas, también se enmohecen, y se pudren.